

A zamarra de cuero le tapa casi por completo. Un sombrero de ala ancha le cubre todo el cuero cabelludo y las orejas. Colgado de un lado, el zurrón rebosa de enseres. La diestra se apoya sobre un recio bastón, mientras que la otra coge por las patas a un corderillo que, cargado sobre sus hombros, se ha negado a caminar. En el fondo de sus ojos (cansados e irritados por el viento, pero capaces de apreciar una oveja a larga distancia) se refleja la tristeza, la melancolía de la soledad. El estado del silencio, a veces desesperante, de la montaña. En su sonrisa se dibuja la alegría sin límites al toparse de pronto con alguien de su especie. Su espíritu rebosa de gozo, porque, aunque la jornada ha sido dura, tiene la satisfacción de llevar ante sí a todo su rebaño. Su vida: las ovejas. Blancas y negras, sin distinción.

Velardo es un pastor que apacienta sus rebaños en los alrededores de la Peña Gradura. Es el único pastor que queda en las montañas de Teverga. «En Asturias sólo quedamos los viejos, porque este oficio, además de dar poco beneficio, no gusta a nadie», nos dice con cierta pena. Pasa ya de los cincuenta años y lleva unos treinta de pastor. En su sonrisa y en el tono de voz con que nos habla se denota su sencillez y honestidad. Es el clásico hombre del campo donde se funden nobles cualidades con cuerpos recios, capaces de soportar los más duros trabajos y las más crudas inclemencias del tiempo. Habla pausadamente, pero sin cesar. Le gusta la comunicación con sus semejantes. Arriba, en las cumbres, sólo tiene palabras para sus ovejas, para sus perros, o voces para ahuyentar las alimañas. Cuando llega a su cabaña o baja al pueblo rebosa el músculo cansado, en espera del canto del gallo, que, como una perfecta sirena, le invita a la faena cotidiana. Es Velardo hombre de esmerada cultura. Cuando su «montón de lana» pasta apaciblemente, cuando el tiempo se lo permite, se dedica a su pasión favorita: la lectura. No importa qué clase, lo más importante es leer. Saber el pensamiento de los demás y luego, en la más completa soledad, reflexionar y hacer un juicio crítico de lo leído. Su experiencia no se basa esencialmente en la teoría aprendida a través de los libros. Hace muchos años un largo caminar más allá de la montaña y de la flecha de la Catedral que desde el Ovieu divisa a lo lejos, de la otra parte del mar, en fierras extrañas, Velardo conoció otra civilización, otros hombres, otras costumbres. Toda una experiencia inolvidable.



Velardo

UN OFICIO TAN VIEJO COMO EL MUNDO

"LOS LOBOS Y OTRAS ALIMANAS DIEZMAN MIS REBAÑOS"

"EN ASTURIAS, SOLO QUEDAMOS LOS VIEJOS EN EL PASTOREO, PORQUE ESTE OFICIO NO GUSTA A NADIE"

Texto y fotos: Celso G. DIAZ-PEYROUX

EL CARIBE, LOS INDIOS, LA CASCABEL Y LA MINA

Andaba por aquel entonces en la década de los veinte. Ya había sido pastor pero el afán de aventuras, de conocer nuevas tierras y sobre todo el labrarse un futuro mejor, le llevó a embarcarse un día para las Américas. Surcó el gran océano, el mar del Caribe y llegó a Venezuela, concretamente al estado de Miranda. Allí trabajó por espacio de dos años en una finca. Macheite al cinto, según la costumbre aborigen, corrió los mil y un peligros, en un país donde el petróleo y el café, los indios y las serpientes de cascabel se prestaban para toda clase de aventuras. El mismo fue protagonista de algunas de ellas, de las que salió bien parado, afortunadamente. Nos cuenta de una vez que salió apresuradamente de un poblado indio, al que había llegado para acudir a una fiesta. «Era yo un mozo galán y las mujeres venían a mí como mosques». En la selva también tenía que salir muchas veces pitando, cuando oía «rujir» los cascabeles de una «culebrona» o la temible voz del jaguar.

La suerte no le acompañó por tierras motilonas, y dos años más tarde volvió a embarcar, rumbo a la Península. Detrás quedaban los indios y las serpientes, las selvas y los jaguares. Un capítulo inolvidable que, pese a los malos tratos, el bueno de Velardo ahora todavía.

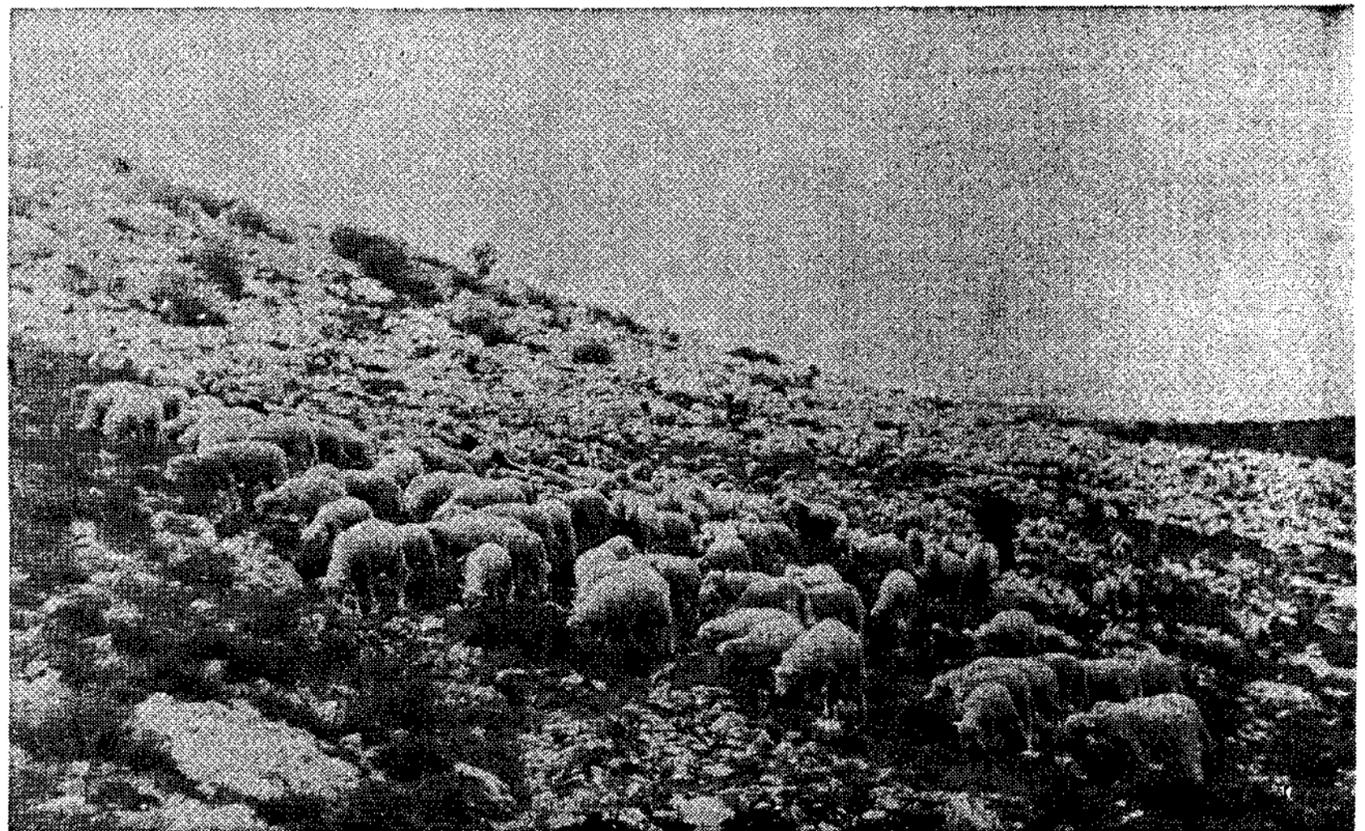
Como buen tevergano, también Velardo trabajó en la mina. Fueron muchos años picando carbón en las series de la «Primera» y de la «Segunda»

de Santianes. Más tarde, por razones salariales, trabajó en las minas de Teruel. Una hermosa epopeya, cuajada de anécdotas y de realidades, de trabajo duro y de compañerismo. Un buen día (tal vez por razones de enfermedad o por sus ideales) eligió la libertad y cambió las negras entrañas de la tierra por el cielo estrellado y la brisa de las cumbres. La jornada habría de ser más dura todavía, pero la suerte estaba echada y la aceptó.

LA VIDA DE PASTOR

Ser pastor es consagrarse por entero a sus ovejas. Ellas no entienden de madrugones, de vacaciones ni de días festivos. Ser pastor es errar por la montaña, es... Mas dejemos al mismo Velardo que nos cuente él personalmente lo que es la vida de pastoreo.

—Me levanto con el alba y, luego de coger mis enseres personales y la comida de los perros, salgo cargado como un mulo para la montaña. En el redil suelto las crías, para que mamen, mientras que los mastines comen y poco después nos ponemos en camino. Hoy, para el Furao de Pingalagua. Viloriosa. El Obiu; mañana, hacia Entecampes, la Rebollosa, la Teixeira. Vagamos por aquí, acullá por donde más nos apetece, en busca de las mejores hierbas. Algunas veces surgen contratiempos: algunas ovejas rezagadas, que se pierden, o la súbita aparición del lobo o del águila. Cuando cae la tarde volvemos sobre nuestros pasos al redil. Pero allí la faena conti-



El rebaño

núa: el recuento del rebaño, la separación de los mamonos, la cura de alguna herida. Nunca falta un «extra» en el trabajo que no cotiza nadie. La vida es dura —continúa Velardo— y nada contemplativa, porque hay que estar siempre ojo avizor. La poesía romántica de los cuentos de hadas

se torna realidad palpable, sobre todo cuando arrecea el frío, la nieve o la lluvia y te invade el pesimismo de la soledad. Desde el punto de vista social, la libertad que disfruto aquí arriba la pago a alto precio, mientras que mi salario, trabajando de estrella a estrella, no rebasa nunca las catorce

mil pesetas. No sé lo que es un día de descanso y las vacaciones no fueron hechas para mí. En la actualidad mi rebaño no llega a los trescientos ejemplares, porque siempre hay pérdidas. Si no son las alimañas son enfermedades. En una ocasión perdí ciento cincuenta ovejas de una vez. Es-

ta paga mensual se vuelve pequeña a la hora de mantener una familia. La política del campo ha experimentado un retroceso incomprensible y todos los que trabajamos en la tierra pagamos sus consecuencias. Los precios, ridículos, de la carne; las bajas cotizaciones de la lana, cuya venta al mer-

cado es difícilísima. Los pastores no sólo nos dedicamos a vagar de un lado para otro. Cuando llega el tiempo del esquilado o el parto de las ovejas la faena se duplica, hay que andar siempre cargado de lechones que se niegan a caminar. A todo esto ten-

(Pasa a la pág. siguiente)